

DAVID TENIERS.

« No todo ha de ser sublime. »
(Un amigo mio.)

¿Quién será el aficionado á las bellas artes que no haya admirado el genio de un pintor flamenco tan original y estrambótico, que no tiene par entre todos los grandes artistas cuyas obras pueen nuestro Museo? Siempre fueron sus inspiraciones tan naturales y terrestres, que por no manifestar en sus obras ninguna sublimidad, hasta ignobles hacia casi siempre los personajes de las cenas que representaba, y, ó los pintaba en posturas extrañas y risibles, ó los favorecía con alguna buena contusion ó descalabro para que sus gestos fuesen aun mas espresivos. Tal es el cuadrillo que representa una operacion quirúrgica, cuadrillo que en algunas ocasiones pudiera ser un obstáculo al contento de un esposo que se promete un fruto de bendicion mas hermoso que un cupido. — Pero antes de hablar de esta obra darémos una ligera noticia de su autor.

David Teniers *el jóven*, así llamado para distinguirlo de su padre que tenia el mismo nombre, cómico, como dice un literato, en la poesía muda que ofrece á los ojos la pintura, nació, rejicijo de las musas, en Amberes en 1610; tomó lecciones de su padre, de Adriano Brauwer, y aun de Rubens, y principalmente de la naturaleza á la que observó en sus mas vulgares actos como quimeras, bailes y romerías de rústicos y campesinos, retirado en una aldea de su pais. — Y llegó á retratar sus fisonomías, actitudes y caracteres, con una gracia singular y propiedad estremada; lo que le dió gran fama y la estimacion del archiduque Leopoldo, de la reina Cristina, y sobre todo del rey de España que en su palacio dispuso una pieza solo para los cuadros de Teniers. — Atraíale tambien amigos, protectores y discípulos de clase elevada, su trato afable y su finura; testigo el célebre D. Juan de Austria, que á las sin-

TOMO II.

gulares mercedes con que le honró, añadió pagamas noble de su enseñanza, retratando al hijo del artista. Fue nombrado en 1644 director de la academia de su patria, á la que, segun noticias, rara vez asistió; y llegado á la edad de 80 años, despues de casado dos veces, la primera con Ana Brenghel, y la segunda con Isabel de Frene, murió en Bruselas á 25 de abril de 1690.

El cuadro de que hemos hablado, que represente una operacion quirúrgica, ha sido lindamente descrito por D. José Muso y Valiente en la Coleccion litográfica de S. M. — La copia de esta descripcion es la que ofrecemos á nuestros lectores.

« De resultas sin duda de alguna quimera, vuelto á su casa con la cabeza rota uno de aquellos rústicos personajes, á quienes solia Teniers observar con frecuencia, vestido con su justillo pagizo, colete de color de lila, calzones y medias de un ceniciento que tira á negro, gorra encarnada, se sienta en un banco (para él banco de la paciencia), y sujeta su lastimada frente á las no menos rústicas manos de un curandero. Este se presenta con tan magnífico equipage como el herido; luce su talle con colete azul, calzones pardos, medias de color de rosa seca, bien es verdad que todo lo enmienda la disforme gorra de pieles, azul asimismo, que le sirve de tocado. — Con gran frescura saca del estuche que lleva al cinto la tintera, y al sentirla el infeliz cruza y aprieta las manos, entorna un ojo, y haciendo extravagantes gestos pone el grito en el cielo, dando al diablo la habilidad de mæse Nicolás, que sin tomar pena por nada, antes bien con fisona sonrisa, manosea y atormenta la estropeada cabeza del mal ferido caballero como si fuera la de su rocin. Asiste á la operacion una Madre Celestina, quizá muger del desdichado, cuyas galas son corpiño verde, toca y delantal blanco, saya parda; y abrigando las manos con el delantal y colgando del brazo izquierdo un canastillo se acerca por un lado y en vez de lástima, muestra por entre las arrugas de su antiguo rostro cierta maligna complacencia recordando quizá alguna desazon doméstica de que ahora se veia vengada. Algo distante del gracioso grupo, en un brasero de barro puesto sobre tosca mesa, calienta un trapo un jó-

ven con vestido rojizo, mira al soslayo al paciente, y con indiferencia las contorsiones y catadura del mismo. Mas lejos, al ir á salir por una puerta un criado con un frasco, vuelve la cara como espantado por las desaforadas voces del miserable, y no tanto compadeciéndose, como estrañando que de tal manera se queje por lo que á él ciertamente no le causaba dolor alguno.

»Esta escena tragi-cómica pasa en una especie de caramanchon, á quien adornan un pescado colgado del techo, algunas otras provisioncillas de despensa, y una porcion de cacharros y vasijas colocadas en los vasares, ó esparcidas aquí y allí. Preséncialo todo tambien, y contribuye al ornato del gabinete un mochuelo posado sosegadamente en lo alto de una ventana.

»El dibujo es natural, bastante correcto, puesto que no hay que buscar elegancia en tal entremés; la composicion está bien agregada: las actitudes son propias, la espresion de los rostros cómica. El colorido brillante, en sumo grado verdadero, jugoso, transparente, de firme egecucion, de fluido, espresivo y ligero pincel, que con poco espresa perfectamente cuanto quiere.

»Los toques se muestran dados con facilidad, y en los vasos y avechuchos con precision y buen gusto: el fondo y accesorios en general muy concertados, el ambiente bien entendido.

»La tinta dominante es dorada, no argentina, de que en general usaba, el cuadro está bien concluido, y no obstante la pequeñez del asunto digno de grande aprecio por su relevante mérito.»

P. DE M.



PROTECCION DEBIDA

A LAS BELLAS ARTES.

Hemos hablado en otros números del poco afecto que en España hay á las bellas artes, y no cesaremos de declamar contra este vergonzoso atraso ya que, por fortuna, la tendencia que se nota hoy dia en ella á la ilustracion, podia hacernos prometer grandes adelantos para lo sucesivo en toda clase de conocimientos sublimes. Porque era preciso que solo el genio, solo el talento, fuera el que gobernara la sociedad, siendo asi que solo con el talento y el genio se puede decir que la sociedad no es una quimera. Pero nada hasta ahora hemos hablado de algunos requisitos necesarios, casi diriamos de elementos, sin los cuales las bellas artes no pueden existir. El artista, ocupado solamente en el estudio de su profesion, atento solo á la grandeza del mundo sublime á que este estudio le conduce, no para su imaginacion en los medios de realizar sus ideas; puede asegurarse que á un verdadero artista no le es permitido el ser económico, especulador, ó para decirlo mas claramente un artista no puede ser *vividor*. Y si en medio de la suntuosidad que debe respirar todo el aparato necesario á un artista para su estudio, los *hombres materiales* que nadan en riquezas, no emplean su tesoro sino en beneficio de una tienda de Tirolese, ó de un almacén de quincalla; ¿no debe decirse con razon que tales potentados solo disponen de su opulencia por una fatalidad hija de antiguos abusos? La proteccion que *exigen* las artes de los poderosos no es una proteccion mendigada, es debida, es indispensable prestarla: las artes pueden reclamarla casi de justicia. Preciso es hablar con claridad, pues se trata de la prosperidad de una nacion puesta ya en camino para seguir á las otras. El hombre dedicado al estudio, desde el principio del mundo social jamás pudo ni debió ocuparse en las riquezas; fue, pues, desde entonces preci-

so que este cuidado estuviera encomendado á otras personas, para que de ellas emanaran los medios necesarios á la conservacion de estos seres sublimes, que desde luego abstraídos del círculo del bajo interes, abandonaban á los otros hombres las minas del tesoro.

Solo neciamente podria negarse que muchos de nuestros magnates, renunciando á la molicie é indolencia á que es regular se entregue el hombre en la plenitud de los placeres positivos y de todos los medios de satisfacerlos, se han dedicado, los que se han conocido capaces para ello, á gustar de las delicias artísticas, y los que no á su fomento y adelanto; pero tampoco puede negarse que esto proviene en gran parte de un mero egoismo: porque una persona rica puede valerse de las bellas artes para eternizar un hecho cualquiera de sus mayores, adquiere un título glorioso para su nombre y el agradecimiento del genio, y últimamente se eleva de la esfera de sus ignorados compañeros, disfrutando de goces mas verdaderos que ellos, cuando heredero de inmensas riquezas no debe curarse del medio de adquirirlas. Ademas de que, llegará el tiempo en que solo brillen en la sociedad los hombres de talento; entonces no serán las cadenas de oro y los brillantes los títulos de las personas á la veneracion de los demas, ni los que constituyan el derecho á un renombre y á la admiracion de los profanos.—En Madrid hay *artistas* ignorados, hay artistas de mérito, solo conocidos en la sociedad, ó porque bailan bien, ó porque son chistosos, ó porque tienen fortuna jugando al *ecarté*; y en este mismo Madrid, un hombre fátuo, un charlatan insustancial, solo porque era muy rico, porque daba grandes bailes, porque era el *hazme-reir* de todos, ha dejado un nombre colosal y muchas personas veneran todavia su memoria como la de un gran diplomático, de un politicon consumado.

Algunos protectores de las bellas artes podria citar, así entre nuestra grandeza como entre los ricos de la clase media; pero su número es muy corto.—Si la proteccion aumentara, si este sagrado deber fuese cumplido, tanto creceria la gloria de los artistas como la de los poderosos. No se olvide jamás la nobleza de las bellas artes, no se ol-

vide la inmortalidad, ellas la forman: no se niegue que existen en España genios, como han existido en todos tiempos, y que á estos somos deudores de la admiracion de los estraños hácia las bellezas que conservamos. Ultimamente, téngase presente que Horacio hizo inmortal á Mecenás.

El espíritu de estrangerismo es una de las cosas mas perjudiciales á nuestros artistas. Si la clase mas elevada supiera distinguir el mérito donde quiera que se encuentre ¿cuándo hubieramos visto á pintores franceses en Madrid; protegidos por un grande, y reputados por *únicos* artistas, mientras otros nacionales existian, de mucho mérito, é ignorados, porque no se humillaban á ningún hombre solamente por ser rico? Mientras dure la nobleza de las bellas artes no deben los artistas someterse á los favores de los que en la pobreza de sus almas sienten la prosperidad de aquellas agitarse encerrada en sus bolsillos, como la felicidad de un artesano justamente valuada por el precio de sus obras. Repito que la proteccion que á las bellas artes se debe es de justicia, y que no es lícito al potentado el considerarse como árbitro poseedor y disponedor del genio del artista. El genio siempre vive. La proteccion le alienta, y siempre el protegido será el que dé valor al nombre del protector.

Verdad es que en esto de decir «yo protejo al pintor frances Mr. tal...» se encierra una elegancia, un *tono* que... yá, yá!...

Pero como no todo depende de la proteccion, sino que para ser eminente artista es menester hacer grandes estudios, se hace indispensable que los que se dedican á las bellas artes no deban contentarse, por egemplo, con haber espuesto en la academia, cierto año, un mediano cuadro, abandonandose en seguida á los insulsos placeres de una vida olvidada y pacífica. La pereza es el mayor obstáculo para llegar á ser, como suele decirse, *grande hombre*; pero como los límites de este artículo no me permiten estenderme demasiado, daré otro en el siguiente número sobre este punto, y esperaré entretanto el efecto de estos renglones..... mano sobre mano: porque aunque he de hablar contra los holgazanes, confieso que yo por mi parte.....

¿Y qué título le pondremos al tal artículo?...
Ha de ser raro, para que choque y se lea.....
PEREZA APLICADA Á LAS BELLAS ARTES.
¡Bravísimo!! me gusta; tiene sus visos de paradoja.

P. DE M.

LITERATURA.

LA LENGUA CASTELLANA.

Sostienen algunos que ha llegado ya nuestra lengua al colmo de la perfección y que sería un verdadero delito introducir en ella la menor mudanza. Hermosa en efecto, hermosa como la que mas, con su pompa oriental, con sus frases sonoras y retumbantes, con su rica y variada armonía la lengua de Cervantes y de Herrera; y tanto lo es, que bien tuvo razón Carlos I para calificarla de la mas digna de llegar al trono del Hacedor. Pero para los que no creemos en la perfectibilidad de las lenguas, como en la de ninguna obra humana, mucho le falta todavía al dulce idioma castellano para elevarse á la altura á que sin duda habria llegado sino estuviera tan generalizada la creencia, absurda á nuestro parecer, de que no admite ya ninguna especie de mejoras la lengua en que escribieron Fr. Luis de Granada y Jovellanos.

Repetimos, y no nos cansaremos de repetirlo una y mil veces, que la lengua castellana es á nuestro parecer la reina de las lenguas vivas por su natraleza gloriosa y robusta al mismo tiempo. Suave en ciertos casos como el idioma italiano, enérgica en otros como el alemán ó el inglés, llena de pompa y magestad, de giros orientales y latinos, severa, esacta, religiosa, ya se presta admirablemente en Mariana al tono grave de la historia, ya en Calderon á la sublimidad de la

poesía, ya en Villegas á la italiana dulzura del Idilio, ya en Quevedo á la mordacidad picaresca de la sátira. — ¿Qué puede pues pedírsele á una lengua que tales partes reune en tan alto grado, dirán algunos? — Y nosotros responderemos que puede pedírsele lo que á todas las cosas humanas, mejoras, tendencia á la perfección ya que no sea posible aspirar á la perfección misma. Siendo las lenguas la espresion mas esacta del estado social, claro está que no llegarán aquellas á la perfección, hasta que haya llegado éste á ella: y como le falta mucha para alcanzarla á nuestro estado social, evidente nos parece que otro tanto le falta á nuestro hermoso idioma para conseguir el mismo beneficio.

Nuevas ideas exigen nuevas voces con que espresarlas; antiguas costumbres olvidadas por largos años y resucitadas en el dia, exigen la resurrección de las antiguas palabras con que espresaban nuestros mayores aquellas venerables costumbres; y las grandes mudanzas introducidas en nuestros usos y en nuestras ideas por las revoluciones políticas y sociales, hijas del tiempo y de la civilización, reclaman imperiosamente fundamentales modificaciones en el lenguaje que, siendo como antes digimos la espresion mas esacta del estado social, debe variar necesariamente á medida que éste varia. No se nos oculta que el espíritu de rutina ó la mala fé pueden dar un sentido vicioso á nuestras palabras, atribuyéndonos locos y ridículos deseos de que abandonemos por otra nuestra lengua pátria; pero nosotros apelamos á todas las personas sensatas, quienes convendrán sin duda en que, si lo que decimos no es acertado, carece á lo menos del carácter estúpido ó antipatriótico que quisieran atribuirle los partidarios del *statu quo* absoluto.

Una de las primeras reformas que á nuestro parecer reclama la lengua, es la abolición del estilo perifrasedado, hueco de ideas y abundoso en palabras que ha introducido en nuestros escritores la larga esclavitud en que durante siglos enteros gimió encadenada la lozana imaginación de los españoles. No permitiéndoles el rigor de la censura llamar á cada cosa por su nombre, tuvieron que recurrir los escritores para explicar su

pensamiento á los mas artificiosos circunloquios; y á fin de dorar la píldora, por decirlo así, lo mejor posible, fue preciso redondearlos, pulirlos, engalanarlos con el objeto evidente de que pudiera pasar alguna que otra idea solapadamente tan arrebozada entre un inmenso cúmulo de palabras que, ó no reparara en ella el poder ú obtuviera merced para su audacia el prestigio de la armonía. Otro tanto sucedió á los poetas, por lo que casi todos tuvieron que refugiarse en el estilo amatorio y prodigar piropos y ternezas á sus pastoras ya que no les era permitido acercar sus lábios á las dos inagotables fuentes de poesía, la filosofía y el patriotismo. Pero la libertad civil y política introducida en nuestras leyes y nuestras costumbres, no comporta ya aquel estilo contemporizador y diplomático, antes bien exige un lenguaje severo, exacto y tan filosófico, que nunca pueda una palabra, tomada en diferentes acepciones, proyectar la mas leve sombra que oscurezca el pensamiento. — Necesitamos en el día un lenguaje incisivo, claro y que envuelva la idea en el menor número de palabras posible; lejos de desleir esta hasta el punto de desfigurarla dejándola tan pálida y enervada que nada quiera decir, ó de hacer que gire la frase lentamente en torno de ella como una nube de incienso sobre las gradas del altar, debemos si es preciso sacrificar alguna parte de su pompa real en beneficio de la energía en la espresion, de la claridad en el pensamiento.

No necesitamos para lograrlo introducir en nuestra lengua giros extranjeros, sino devolverla su antiguo carácter, amoldar con nuestro pulido estilo moderno el estilo sobrio, austero de nuestros primitivos escritores. Ni es esto decir que renunciemos á la moderna cultura del lenguaje por el dialecto informe de nuestros mayores, dialecto bajo cuya superficie se ven tan claramente las palabras griegas y latinas como las venas y los nervios en un cuerpo desollado; pero entre el fango fecundo de aquel dialecto, hallaremos inmensos recursos para la indispensable restauracion de nuestra lengua actual y acaso el remedio inmediato de sus males. La mancha que hace una mora madura se limpia con el roce de una mora verde.

En este ayuntamiento de la lengua antigua con la moderna, nadie ganaria tanto como los poetas, bien lo conocen ellos. Por eso no tendrán disculpa si esperan á que haga la Academia esta reforma: siempre la autoridad es poco amiga de hacer concesiones. Háganla ellos mismos lentamente, con arreglo á las mas rigurosas leyes gramaticales: esta es una condicion esencial en toda reforma de la lengua, -- porque no hay que alucinarse, es menester reformar, pero no destruir. En otros artículos hablaremos de las mejoras que, á nuestro parecer, reclama la gramática castellana y de lo útil que seria introducir en nuestro lenguaje actual muchas palabras y terminaciones antiguas. — E. DE O.

Neecrologia.

EL BARON GROS.

Inmensa pérdida ha sido para las artes la muerte de este eminente pintor, que lloran con profundo duelo no solo la Francia, su pátria, sino todas las naciones que participan del movimiento intelectual por cuyo influjo la Europa, la humanidad entera vá convirtiéndose lentamente en una gran familia. Para los que creemos que los grandes hombres tienen por pátria el universo, ha sido tan dolorosa la muerte de este artista francés, como si hubiera nacido en el suelo de nuestra España, y es seguro que otro tanto dirán los hombres despreocupados de todas las naciones. ¡Justo y glorioso privilegio del genio! La escuela en que este célebre pintor enseñaba la teoría y la práctica de su arte sublime, estaba abierta á la juventud estudiosa de todos los paises; justo es pues que todos ellos lamenten su pérdida irreparable.

Antonio Juan Gros nació en París el 16 de marzo de 1771: su padre, que también era artista, le puso bajo la dirección del célebre David, cuya escuela acababa de producir al joven y malogrado German Drouais, que falleció en Roma en 1788. Fundaba entonces en él grandes esperanzas la academia, como también en sus jóvenes rivales Gerard y Girodet que podían ya pasar por maestros.

En 1793, cuando estaba ya á punto de presentarse para el concurso del gran premio (la pensión en Roma), se cerró el noble establecimiento de la academia francesa en aquella ciudad á consecuencia de un movimiento popular en que Basseville, encargado de negocios interino, perdió la vida; con este motivo resolvió Mr. Gros ir á estudiar á Italia, deteniéndose mas particularmente en Milan, en Parma, en Mantua y en Venecia donde hizo largos y profundos estudios en su arte.

Su mansion en aquellas ciudades le proporcionó hacer conocimiento con el general en jefe del ejército francés, Napoleon Buonaparte, quien lo agregó á su estado mayor en calidad de intérprete, dándole además un grado militar. De este modo adquirió Mr. Gros el conocimiento práctico de la cosas de la guerra, tan necesario á un pintor de historia, y que aprendió, por decirlo así, en el campo de batalla.

Bien lo manifiestan aquellas inmensas páginas de historia en que representó el hospital militar de Jafa, la batalla de Abukir, la de las Pirámides, Napoleon reconociendo el campo de batalla de Eilé y tantas otras admirables producciones en que su genio, siempre guiado por una imaginación fecunda y grandiosa, despliega con singular maestría los inagotables recursos de una paleta digna de los famosos coloristas. El fue el primero entre los pintores modernos franceses que presentó la pintura de historia contemporánea, libre de aquellos atributos y personajes alegóricos que por mucho tiempo se creyó eran indispensables para representar acciones heroicas; medios facticios que no toleraría ya el gusto delicado de nuestro siglo.

El primer consul había hecho, cuando volvió

á Francia, anunciar la apertura de un concurso para la ejecución de un cuadro que representara el combate de Nazaret, votado en honor del general Junot, que al frente de 300 hombres derrotó un ejército árabe de 3000 caballos. Prefirió el jurado unánimemente el boceto que presentó Mr. Gros, en que trazó este joven artista el proyecto de un cuadro tan bien imaginado cuanto original en su género; pero las muchas obras que tenía entre manos no le dieron lugar para ejecutarle.

Mucho sería menester alargar este artículo si pudiéramos de citar todas las obras de este grande artista; pero ya que esto no sea posible, harémos mención, además de las ya citadas, de la que ejecutó con motivo del restablecimiento de la iglesia de S. Dionisio como antiguo panteón de los reyes de Francia, y de la magnífica y gigantesca cúpula que pintó en la iglesia de Santa Genoveva, patrona de París. Es la primera un precioso cuadro de tamaño poco menor que el natural, que representa á Francisco I rodeado de su corte, visitando en compañía del Emperador Carlos I de España la iglesia de S. Dionisio: con ella probó Mr. Gros que su genio no se limitaba á la representación de las escenas militares.

La segunda, empezada en tiempo del imperio, es un inmenso cuadro pintado al óleo que ocupa toda la cúpula de la iglesia de Santa Genoveva: representa á la Bienaventurada Pastora, en las regiones de eterna luz, recibiendo los homenajes de todas las dinastías que han gobernado sucesivamente la Francia. Esta sola composición, bastaría por sí sola para colocar á Mr. Gros entre los primeros artistas de la época, y ella en efecto le elevó á la cumbre de su gloria. Carlos X, cuando fue á ver este prodigio del arte, además de duplicar el precio estipulado de antemano saludó á su autor con el noble título de baron.

Desde entonces, el baron Gros, oficial de la Legion de Honor, caballero del Orden de San Miguel, miembro de la academia de bellas artes del instituto, profesor en la escuela de bellas artes, apreciado y querido de todos, aun de sus émulos por la superioridad de su talento y la dignidad de su carácter, reunía en su persona todo lo

que puede apetecer sobre la tierra un artista eminente. Su escuela, formada en los primeros tiempos de los jóvenes que le dejara su maestro David cuando salió de Francia, llegó á ser la mas numerosa y fecunda en brillantes discípulos de cuantas habia en Paris. De ella salieron Paul Delaroché, Court, Charlet y otros muchos jóvenes que son en el dia la gloria de las artes en Francia.

Era el baron Gros alto de cuerpo, de buena presencia, grave, sério y algun tanto brusco en sus modales; dotado de una organizacion enérgica, su sensibilidad era tambien escesivamente delicada; el menor disgusto producía en su ánimo una impresion profunda. ¡Cuántas veces el mismo que escribe estas líneas, y que durante su larga mansion en la capital de la Francia conoció y trató personalmente al baron Gros, le vió deramar lágrimas de despecho por motivos verdaderamente pueriles! Esta funesta propension de su carácter fue la causa de su aciaga muerte: hallándose en toda la madurez de su talento, lleno de fuerza y de amor al arte, temia verse olvidado; veía que se encomendaban grandes obras á otros artistas sin hacer caso de él, que se sentía superior á todos los demas; se veía menospreciado por indignos émulo y ingratos discípulos, y todas estas amargas ideas influyeron cruelmente sobre sus órganos delicados. A la edad de 64 años, una muerte violenta, inesperada, un suicidio, ha privado al mundo, á las artes, á su familia de este admirable pintor!

Inútil nos parece enumerar las cualidades que mas particularmente distinguen el estilo de este artista, pues los que no hayan visto sus cuadros no podrian formarse idea de ellos por lo que dijéramos nosotros. Sin embargo podriamos definirle con esactitud en dos palabras: gran colorista, gran compositor. Fue siempre, aun despues de acabados sus estudios, discípulo fidelísimo del célebre David y uno de los que con mas veneracion han adorado la memoria de su maestro.

Todos los miembros del Instituto, de cuya seccion de bellas artes fue presidente en sus últimos años el baron Gros, asistieron á sus pomposos funerales y le acompañaron á su última morada, donde sobre el sepulcro en que descansan

para siempre los despojos mortales de este pintor esclarecido, pronunció el siguiente discurso su célebre discípulo Paul Delaroché, miembro del Instituto.

«En nombre de mis camaradas de estudios vengo á cumplir este último y penoso deber sobre la tumba de nuestro ilustre profesor.... Ya no existe el autor de la Peste de Jafa! Por largos años llorarán las artes esta pérdida; y si algunos críticos inconsiderados olvidando las grandes creaciones con que ha enriquecido la escuela francesa, no han temido abrebar de amargura los últimos años de una vida tan útil y tan gloriosa, la posteridad, que nunca es ingrata, le vengará con su admiracion de aquel culpable olvido y aquella persecucion que hubieran sido infames á no ser hijos de la mas completa ignorancia. Todos los amigos de las artes deben llorar esta muerte; y mas que todos, nosotros, nosotros sus discípulos, que, durante tantos años, admitidos en la confianza é intimidad de su talento, hemos podido apreciar aquel profundo y sincero amor al arte que le hacia en cierto modo, despojarse á sí mismo de su genio para comunicárselo á sus discípulos. No le olvidemos jamas! No olvidemos tampoco que para honrar su memoria, su propia conducta y su corazon uos ofrece un hermoso ejemplo; imitemos su ternura casi filial y su inalterable veneracion á su maestro, á David, cuyo nombre pronunciado sobre este sepulcro es un homenaje tributado á la memoria de Mr. Gros.» — E. DE O.

La Agitacion.

Imposible arrancar del alma mia
Si no acentos de amor!... Caber no pueden
Donde impera tu imágen adorada,
Patria, gloria, amistad.... cuanto solia
Mi pecho conmover.... ya todo cede
A la ardiente mirada
De tus luceros bellos!

Mal mi grado á sus mágicos destellos
 Mi turbulenta vida está sujeta,
 Como al influjo de fatal cometa,
 Cede el bajel al ímpetu rugiente
 Del huracan sañudo,
 Y al puerto amigo arrebatarse siente
 O va á estrellarse en el peñasco rudo:
 Asi en la fiebre dó anhelando gira
 Esta alma delirante,
 Tus ojos son, Amira,
 Los que entre el puerto y el peñasco errante,
 Sin eleccion, perdido el alvedrio
 La oscilacion del huracan le imprimen,
 Y en ciego desvarío
 Lánzase á la virtud, lánzase al crimen.

¡Y este vaiven continuo, esta perpetua
 Conmoción, es la vida! — ¡Cuántas horas
 Mudo, yerto, insensible,
 Como la piedra en que sentado estaba,
 En seguir las sonoras
 Ondas de la corriente que pasaba
 Inerte consumia!
 ¡Cuántas, la vista atenta
 Iba siguiendo estúpida la lenta
 Sombra que en derredor del tronco huía!

Campo de soledad, yo te buscaba
 Porque el mundo decia,
 Que la felicidad en ti habitaba,
 En aquel corazon que la invocaba
 Su misterioso bálsamo vertía.
 Mi corazon de fuego
 En tí no la encontró: floresta umbría
 Silenciosa montaña, campo triste,
 Yo la paz de la vida te pedía,
 Tú la paz de la tumba me ofreciste.

Felicidad ¿do estás? Este vacío
 Que al dilatarse el corazon no llena,
 Ven, ocúpalo tú. Si ronco suena
 El guerrero clarín y á la matanza
 El hombre vuela contra el hombre, dime
 ¿Bastaráme empuñar la férrea lanza
 Y á la pugna volar? Cuando mi diestra
 Al son triunfal de los preñados bronce
 En sangre bañe la mortal palestra,
 Misteriosa deidad ¿te hallaré entonces?

En el tropel del mundo
 Yo también te busqué. Torvo guerrero

Sobre carro veloz, de lauro ornado,
 Agitando el acero,
 En lágrimas y sangre salpicado,
 Rauda al cruzar la turba peregrina
 «Felicidad, felicidad» clamaba,
 Y en tanto «aquí domina»
 Otro desde la tumba me gritaba.

¿En la vida? ¿en la muerte?
 ¿Dónde estás para mí? — Silencio mudo!
 Y las horas corrian!...
 Y los años volaban!...
 Las hojas de los árboles caían...
 Las hojas en los árboles brotaban. —

¡Una muger! con su flotante velo
 Tocó al pasar mi frente:
 Trocóse en fuego de mi pecho el hielo,
 Mis entrañas temblaron de repente:
 Los brazos tiendo á la fantasma bella
 Mas al asirla,alzada
 Vi un ara ante mis pies, y detrás de ella
 Mi vision adorada:

Y un misterioso acento que decia;
 «Profanacion... delito!»
 Y en su abatida frente se leía
 Un juramento escrito.
 Mi planta no, mas de mi pecho ciego
 Llegó un lamento á penetrar su oído,
 Y en sus trémulos labios tocó el fuego
 De mi ardiente gemido!

Abrió sus ojos por la vez primera
 Lanzándome una lánguida mirada,
 Cual si sus puertas el infierno abriera
 A un alma condenada.

¡Ah! ¿qué me importa? Agitacion sublime
 ¡Yo te adoro! Tu eres
 Alma de mi existencia. — Oprime, oprime
 Un corazon á quien la calma espanta.
 Inunda, inunda mi megilla en lloro:
 Clamar me oirás entre congoja tanta:
 Agitacion sublime, ¡yo te adoro!

V. DE LA V.



Costumbres Españolas.

VELATORIOS.

Antiquísimo debió de ser entre los hombres el deseo de pasar el tiempo agradablemente, pues hasta en el siglo en que vivimos se conservan como oro en paño casi todas aquellas costumbres que tienen por fin bailar, beber y cantar, aun cuando sea á costa de los difuntos.

En una villa, distante solo una legua de Jaen, adonde por mis pecados me ha traído mi mala ventura, hallabame una noche entre once y doce regalándome con un sabroso gazpacho, cuando fui interrumpido en tan agradable ocupacion, por una estrepitosa algazara que salia de la plaza que está en frente de mi casa. Oíase un murmullo como de muchas personas, y salian del medio de este murmullo, como mas agudos, los chillidos de las mozas, los ladridos de los perros y el confuso ruido de guitarras, seguidillas y castañuelas.

Toda esta bulliciosa alegría, pensaba yo, era sin duda el fin de alguna boda, y con esta idea y con el deseo de divertirme, bajé á la plaza y me mezclé con la alegre comitiva.

Despues de haber andado como unos trescientos pasos, alumbrados por la clara luna andaluza del mes de julio, llegamos á la puerta de una miserable casa hecha de adobes, á cuyo umbral estaba sentada una vieja de sucia, rota y pequeña estatura, la cual apenas hubo visto el tropel que avanzaba hácia su casa, cuando se levantó con mas ligereza de lo que prometian sus muchos años, y acercándose á la turba, con voz enfadada y chillona les dijo: «que ya creía que no venian al *Velatorio*.»

Despues de sosegados un momento y de haber arrugado una panzuda bota de vino, principiaron á bailar al son de las guitarras y de una ronca y vinosa voz, con mucho desenfado y alegría. Sen-

téme en un poyo de la puerta, junto á la vieja dueña de la casa, que se mostraba por demas alegre y locuaz estimulando al placer con su voz y ademanes á la turba regocijada: yo entretanto observaba. Como entre las muchas doncellas que alli habia no hallaba ninguna que tuviese visos de ser la novia en la tal boda, y como no encontrándola, tampoco sabia á que atribuir tan insólita algazara y mucho mas siendo en dia de trabajo, me hallaba verdaderamente como quien vé visiones. De cuando en cuando volvía mis ojos hácia el interior de la casa, y no veía otra cosa, sino una claridad muy viva que salia de uno de los cuartos interiores. En fin viendo que por mí mismo no daba en el busilis de la dificultad, me acerqué á la vieja que estaba un poco separada de mí y la pregunté el motivo de aquella fiesta.

— Es el *Velatorio* de mi nieto: me contestó.

— ¿Y qué es el *Velatorio*? volví á preguntar.

— Si su merced no lo sabe, ahora se lo voy á decir; mi Antoñito murió ayer, antes de haber cumplido los cinco años, y como sabemos de fijo que su alma va derecha al cielo, la acompañamos con música y con baile y con un traguito: su cuerpo está alli, dijo señalándome el cuarto de la luz, y con nuestra bulla y nuestros cantares demostramos la alegría que nos causa el que vaya su alma al cielo, y ahuyentamos al mismo tiempo á los diablos que quieran asaltarla en el camino.

Atónito y confuso en sumo grado quedé al oír esta esplicacion, porque no solo estaba yo muy lejos de sospecharla, sino hasta me parecia imposible que una abuela, siendo todas ellas regularmente idólatras de sus nietos, hablase con tanta frescura de un suceso que debia tenerla sumergida en llanto y pena. Preguntéla ademas si la madre del niño estaba en la fiesta.

— Si señor, me contestó, aquella es.

Y ví una moza sana y rolliza, bailando y sudando el quilo, y respirando su rostro una alegría que enteramente me trastornó. No podia concebir semejante anomalía; los mismos animales, hasta las fieras sienten y lloran á su modo la pérdida de sus hijuelos, y solo la raza humana se sujeta á la costumbre y ahoga hasta los senti-

mientos de la ternura maternal, sentimientos que, guiados por la razón, parece que deberían ser indestructibles !....

¡Cuántas reflexiones podría hacer sobre este hecho de que he sido testigo ocular! pero me contentaré con presentar una sola de consideración. Esta gente gasta en un *Velatorio* el sudor de muchos días de un penoso trabajo, y suele suceder que al día siguiente de esta orgía escandalosa, en que calentadas las cabezas con el vino, ni se miden las palabras, ni se moderan los hechos, tienen los padres del difunto que pedir una limosna para llevar á sus bocas fatigadas de reir y de beber, un miserable pedazo de pan.

Este es el efecto regular de los *Velatorios*, costumbre de una antigüedad tan remota que habiéndome informado de su origen, entre los ancianos del pueblo no han podido decirme otra cosa, sino que así lo hicieron sus padres y sus abuelos porque aquellos se lo vieron hacer á los suyos y que ellos hacen lo mismo, como sin duda lo harán también sus descendientes.

JOSE AUGUSTO DE OCHOA.

MUSICA.

LA CASA DISABITATA.

Han extrañado algunos que no hayamos hecho mención de esta ópera en el número anterior, pues que se empezó á representar en la semana que le precedió. Parece que cuando los periódicos políticos dan siempre una prolija noticia de cuantas novedades teatrales se ofrecen al público, el *Artista* con mucha más razón debiera hacerlo así también. Pero no todo lo que parece es como parece. En punto á música desde el primer número dijo el *Artista* que preferiría callar á hablar mal, frase que convendrá estender ó aclarar algo más para que no quede en adelante lugar á las falsas interpretaciones que se la han dado. Por dos causas se puede hablar mal sobre una materia

cualquiera. Por no entenderla, y no faltan ejemplos, ó por ser mala la cosa de que se habla. Cabelmente han concurrido ambas en esta ocasión para impedirnos tomar la pluma. No conocíamos *La Casa disabitata* con anterioridad y no sabemos hacer el análisis de una obra de esta especie, señalando los pedazos que más en ella se distinguen, ya por el buen gusto de sus cantos, ya por la novedad de sus armonías, ya por la riqueza y conocimiento de la instrumentación, en una palabra, apuntar sus principales bellezas igualmente que sus mayores defectos, con solo oír la un par de veces en medio de todas las distracciones que proporciona un teatro. Por otra parte, lo que mejor pudimos escuchar no nos pareció merecer grandes elogios, y la ejecución, en general menos. ¿Qué podíamos decir pues? Preferimos callar á regalar á nuestros lectores con las importantísimas nuevas de que la Sra. Manzochi canta la canción española que ha introducido, que unas noches ha sido el *serení* y otras el *currillo*, con mucha gracia; que ambas canciones son muy lindas en su género y compuestas por el Maestro Carnicer, la segunda espresamente para esta cantora; que las dos han gustado en extremo, que Salas se esmera en su papel de poeta desempeñándolo con mucha inteligencia, que hace reir con sus muecas, que otros hacen rabiar con sus desentonos, que aparecen diablos y bailarines; y en fin, que concluida la función, ó algo antes, cada uno se va á su casa ó adonde mejor le parece.

S. DE M.

Al Guadalquivir.

¡Quien, Guadalquivir undoso,
Pisára tu verde orilla,
Y bajo el sauce lloroso
Viera correr la barquilla
Por tu cristal espumoso!
Y entre el reluciente coro
De tus hechiceras ninfas

Mirára yo á la que adoro,
Tan pura como esas linfas
Que mueve el viento sonoro.

¿Qué me importa, inmenso río,
Que caudaloso te escondas
En medio del mar bravío,
Y cruze tus claras ondas
Rico cargado navío?

Vale mas que su riqueza
Una mirada de Alfrisa,
Mas su cándida belleza
Y su hechicera sonrisa
Que tu sublime grandeza.

Ni me importa que rompiendo
El cauce que te encadena,
Corras con bárbaro estruendo,
Y ronca cruja la entena
Tus embates sacudiendo.

Que al ver sus ojos de amor
Mi pecho no se intimida,
Aunque espectro aterrador
La mano en sangre teñida
Vibre el hierro matador.

Yo la miré en tu ribera...
Y al ver tu corriente undosa
Por ancho mar te tuviera,
A ella por la blanca Diosa
Que de su espuma naciera.
Que es mas leve su cintura
Que los juncos de tu orilla,
Su boca tan fresca y pura
Como la concha que brilla
Entre su verde espesura.

Al son de dulce instrumento
Mueve la planta ligera,
Y como rápido viento,
La detiene, la acelera
En gracioso movimiento.

Con sus arenas de oro
En vano el Dairo se engrie...
La belleza á quien adoro
En sus orillas no rie...
No tienen tan gran tesoro.

Rompe el cauce que te enfrena,
Guadalquivir espumoso,
Y á la que el alma enagena
Lleva mi llanto abundoso...
Cuéntale río mi pena

Mas lauro será á tu frente
Que cuando abriste tu seno
Y en tu rápida corriente
Llevaste luto y veneno
A la América inocente.

FRANCISCO GRANDALLANA.



El actor D. José Valero, de tan conocida habilidad, acreditada en los teatros de esta corte y en los principales del reino, ha tenido la honra de que S. M. la Reina Gobernadora se haya dignado asistir á varias funciones extraordinarias que tuvo la bondad de permitirle ejecutar en el teatro de Aranjuez; y la de que S. M., apreciando su mérito, y no perdonando medio ni ocasion de conceder gracias que sirvan de estímulo al genio y á la aplicacion de los españoles para nuevos adelantamientos, le haya condecorado con los honores de maestro del Real Conservatorio de María Cristina.

MODAS.

Una y mil enhorabuenas damos á nuestro compañero el *Correo de las Damas* por haber, el primero entre los periódicos, elevado la voz contra el antipatriótico uso de los sombreros mugeriles. Muchas veces hemos estado á punto de echar tambien nuestro cuarto á espadas sobre la materia, y ya con la pluma en la mano y la bilis en el corazon, nos preparábamos á fulminar una furibunda filípica contra estos advenedizos ornamentos de nuestras hermosas, cuando el temor de

que se nos acusára de meter la hoz en mies ajena, nos ha hecho siempre tener á raya nuestros naturales ímpetus. Difícil es en verdad no ver con un sentimiento de amarga humillación, casi enteramente desterrado de los paseos aristocráticos el solo vestigio que en tantas naciones extrañas existe todavía de la antigua dominación de los españoles. La mantilla en efecto ha sobrevivido en toda la América del Sur, en gran parte de los Países-Bajos y en algunos puntos de Italia á la lengua y costumbres españolas, y en Madrid, capital de la España, es de *mal tono*; cosa increíble!... el uso de la mantilla nacional! Necesario es verlo para creerlo: pero por desgracia este es un hecho evidente: la mantilla está proscripta entre las nobles españolas! el sombrero transpirenaico, el sombrero exótico, la ha vencido en la palestra de la moda! El sombrero!...

Si el dolor con que vemos á un uso extranjero triunfar de un uso español, no fuera la principal razón que nos mueve á anatematizar los sombreros, daríamos otras muchas tan evidentes á nuestro modo de ver, que ya que no acabasen del todo con ellos en España, harían á lo menos á nuestras españolas ruborizarse de haber correspondido tan mal á lo que debía esperarse de su mucho juicio y siempre acendrado patriotismo. Y nadie estrañe que hablemos con tanta formalidad de cosa tan insignificante á primera vista como un capricho de la moda, porque para nosotros nunca es insignificante lo que pertenece, aun remotamente, al decoro nacional. Somos tan amigos de los progresos como el que más: siempre aconsejaremos á todos que, previa una ventaja evidente, abandonemos los usos nacionales por los extranjeros; pero cuando en vez de ganar perdemos en el cambio, cuando este solo es hijo de una esclava adhesión y no de un verdadero convencimiento, entonces... entonces pensamos en que debe ser una delicia para los franceses ver reproducido á París en Madrid, y nos aflige que disfruten de esta delicia los franceses.

Acaso parezca una heregia lo que vamos á decir; pero no importa: el sombrero de señora en España tiene el mayor defecto posible: el sombrero es *ridículo*. Por qué? por la razón misma porque serian ridiculas las mantillas en Francia, si las damas de aquella nación tuvieran la sensatez de usarlas: el Prado es la parodia, la caricatura de las Tullerías: podría pasar por el paseo público del último pueblucho de la frontera francesa, si fuera algo mas general el buen gusto en las formas y adornos de los sombreros: mas; se ven unas visiones! unas visiones! pero qué visiones.

Muy persuadidas estarán nuestras damas de que dan una prueba de civilización vistiéndose como las extranjeras: creerán que el sombrero en Francia se lleva por moda, porque parece mas elegante que la *grosera mantilla*. No; si lo ignoran sépanlo: el sombrero en Francia es una necesidad hija de aquel clima húmedo é inconstante, como lo es en Polonia el uso de las pieles: en Francia, todas las mugeres llevan la cabeza cubierta, ya con pañuelos, ya con papalinas, ya con sombreros; pero lo hacen no porque sea *moda*, sino por-

que es una *necesidad* abrigarse de la intemperie. En España por el contrario, es una *necesidad* llevar la cabeza fresca, especialmente en verano; pero ya se vé, es *moda* llevarla abrigada, y la moda antes que todo, por que sino.... ¿qué dirían las modistas de París?... Nos llamarían *cafres*.

Nada, nada. ¡Vivan los sombreros! ellos dan ocasión para usar una multitud de objetos procedentes de París, y que tienen, por supuesto, nombres franceses, con lo que se luce un poquillo la buena pronunciación que nos enseñó Mr.*** cuando leíamos el *Telémaco*!... ¡Vivan los sombreros! ¡Viva la prudente economía á que dan origen! ¡Viva el sombrero mezquino, ageno de nuestro delicioso clima meridional, enemigo de la mantilla española! Verdad es que con la airosa mantilla, que tan bien dice al natural donaire y bizarría de nuestras damas, están estas verdaderamente hechiceras y que con el sombrero les falta mucho para estarlo. ¿Pero qué importa? Para eso tienen el gusto de parecer extranjeras. = E. DE O.

P. D. He leído el artículo de modas de mi amigo E. de O., y he tenido una gran satisfacción en verle declamar contra uno de aquellos abusos mas desgraciados introducidos por la moda en el adorno de nuestras graciosas españolas. Pero una razón, la mas principal, ha sido omitida quizá por descuido; y para que no se diga que el *Artista* se une al *Correo de las Damas* solo por espíritu de liga ó partido, la manifestaré brevemente.

¿Son las españolas hermosas? no hay duda, pero no es la hermosura lo que mas las distingue: la gracia, la espresion es su principal atractivo. ¿Quién dudará pues que cubriéndose la cabeza, parte principal donde reside esta gracia seductora, con un cucurucho de paja ó cartulina quede completamente destruido su aire elegante y gracioso, dejando solamente en descubierto la vivacidad del rostro que, sin el auxiliar de la magestad y gallardía de la cabeza entera, aparece totalmente nulo? Basta por ahora. = P. DE M.

ESTAMPAS:

La Agitación. — Luisa.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA.— FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.



El Artista

La Gaceta

que se nos acusára de meter la hoz en mies ajena, nos ha hecho siempre tener á raya nuestros naturales ímpetus. Difícil es en verdad no ver con un sentimiento de amarga humillacion, casi enteramente desterrado de los paseos aristocráticos el solo vestigio que en tantas naciones extrañas existe todavía de la antigua dominacion de los españoles. La mantilla en efecto ha sobrevivido en toda la América del Sur, en gran parte de los Países-Bajos y en algunos puntos de Italia á la lengua y costumbres españolas, y en Madrid, capital de la España, es de *mal tono*; cosa increíble!... el uso de la mantilla nacional! Necesario es verlo para creerlo: pero por desgracia este es un hecho evidente: la mantilla está proscripta entre las nobles españolas! el sombrero transpirenaico, el sombrero exótico, la ha vencido en la palestra de la moda! El sombrero!...

Si el dolor con que vemos á un uso extranjero triunfar de un uso español, no fuera la principal razon que nos mueve á anatematizar los sombreros, daríamos otras muchas tan evidentes á nuestro modo de ver, que ya que no acabasen del todo con ellos en España, harían á lo menos á nuestras españolas ruborizarse de haber correspondido tan mal á lo que debía esperarse de su mucho juicio y siempre acendrado patriotismo. Y nadie estrañe que hablemos con tanta formalidad de cosa tan insignificante á primera vista como un capricho de la moda, porque para nosotros nunca es insignificante lo que pertenece, aun remotamente, al decoro nacional. Somos tan amigos de los progresos como el que mas: siempre aconsejarémos á todos que, previa una ventaja evidente, abandonémos los usos nacionales por los extranjeros; pero cuando en vez de ganar perdemos en el cambio, cuando este solo es hijo de una esclava adhesion y no de un verdadero convencimiento, entonces... entonces pensamos en que debe ser una delicia para los franceses ver reproducido á París en Madrid, y nos aflige que disfruten de esta delicia los franceses.

Acaso parezca una herejía lo que vamos á decir; pero no importa: el sombrero de señora en España tiene el mayor defecto posible: el sombrero es *ridículo*. Por qué? por la razon misma porque serian ridículas las mantillas en Francia, si las damas de aquella nacion tuvieran la sensatez de usarlas: el Prado es la parodia, la caricatura de las Tullerías: podria pasar por el paseo público del último pueblucho de la frontera francesa, si fuera algo mas general el buen gusto en las formas y adornos de los sombreros: mas; se ven unas visiones! unas visiones! pero qué visiones.

Muy persuadidas estarán nuestras damas de que dan una prueba de civilizacion vistiéndose como las extranjeras: creerán que el sombrero en Francia se lleva por moda, porque parece mas elegante que la *grosera mantilla*. No; si lo ignoran sépanlo: el sombrero en Francia es una necesidad hija de aquel clima húmedo é inconstante, como lo es en Polonia el uso de las pieles: en Francia, todas las mugeres llevan la cabeza cubierta, ya con pañuelos, ya con papalinas, ya con sombreros; pero lo hacen no porque sea *moda*, sino por-

que es una *necesidad* abrigarse de la intemperie. En España por el contrario, es una *necesidad* llevar la cabeza fresca, especialmente en verano; pero ya se vé, es *moda* llevarla abrigada, y la moda antes que todo, porque sino... ¿qué dirían las modistas de París?... Nos llamarían *cafres*.

Nada, nada; ¡Vivan los sombreros! ellos dan ocasion para usar una multitud de objetos procedentes de París, y que tienen, por supuesto, nombres franceses, con lo que se luce un poquillo la buena pronunciacion que nos enseñó Mr.*** cuando leíamos el *Telémaco*!... ¡Vivan los sombreros! ¡Viva la prudente economía á que dan origen! ¡Viva el sombrero mezquino, ageno de nuestro delicioso clima meridional, enemigo de la mantilla española! Verdad es que con la airosa mantilla, que tan bien dice al natural donaire y bizarría de nuestras damas, están estas verdaderamente hechiceras y que con el sombrero les falta mucho para estarlo. ¿Pero qué importa? Para eso tienen el gusto de parecer extranjeras. = E. DE O.

P. D. He leído el artículo de modas de mi amigo E. de O., y he tenido una gran satisfaccion en verle declamar contra uno de aquellos abusos mas desgraciados introducidos por la moda en el adorno de nuestras graciosas españolas. Pero una razon, la mas principal, ha sido omitida quizá por descuido; y para que no se diga que el *Artista* se une al *Correo de las Damas* solo por espíritu de liga ó partido, la manifestaré brevemente.

¿Son las españolas hermosas? no hay duda, pero no es la hermosura lo que mas las distingue: la gracia, la expresion es su principal atractivo. ¿Quién dudará pues que cubriéndose la cabeza, parte principal donde reside esta gracia seductora, con un cucurucho de paja ó cartulina quede completamente destruido su aire elegante y gracioso, dejando solamente en descubierto la vivacidad del rostro que, sin el auxiliar de la magestad y gallardía de la cabeza entera, aparece totalmente nulo? Basta por ahora. = P. DE M.

ESTAMPAS:

La Agitacion. — Luisa.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. — FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRESA DE I. SANCHA.



Ch. P. D. 22. v. Madrid

La Señalada

